

## **Los Premios ACCA. 25 años**

Arnau Puig

Presidente ACCA, 1991-2001

Mi experiencia de la mayor parte de estos veinticinco años de Premios ACCA es que nunca han satisfecho a la mayoría de miembros de la ACCA, votantes presentes, ausentes y no votantes. Casi nadie ha estado de acuerdo con lo votado en asamblea, con excepción, claro está, de los que habían conseguido sacar de la amorfa bolsa de candidatos a aquellos a quienes creían que había que elegir. Así pues, los premios han continuado durante estos veinticinco años porque en la Junta Directiva hay maldad porque, si no, habrían desaparecido desde el principio.

Otra cosa bien diferente son las satisfacciones plenas y agradecidas de las instituciones, galerías, artistas y/o entidades que ha sido premiadas. Éstas no sabían nada de las disputas internas de la asamblea y sólo veían distinguida y diferenciada de lo común, respecto a las actividades del año anterior, la que ellos habían llevado a cabo y que, obviamente, por el hecho de haber sido premiada, parecía la mejor y la más relevante de todas las del año del premio.

Muchas de las entidades y/o personas elegidas me agradecían el galardón a mí, personalmente. Algunos políticos (uno de ellos acaba de fallecer y se puede decir su nombre, Antoni Farrés) me había dicho que, finalmente, el premio servía para que en las reuniones políticas de los plenos municipales, donde los alcaldes y regidores correspondientes debían justificar las actividades sociales bajo su responsabilidad, no se les pudiera acusar de malgastar los fondos públicos en unas acciones culturales (no las que eran merecedoras del premio), que no llegaban a nadie y que solo servían para contentar a cuatro amigos y conocidos que se creían personas distinguidas, diferentes y con una sensibilidad especial, lejos de lo común de la gente. En resumidas cuentas, que las actividades culturales selectivas no dan votos. Y por este mismo premio, los responsables culturales políticos mencionados me habían pedido la entrega de un duplicado del diploma para guardarlo personalmente en su casa, pues consideraban que era uno de los de mayor mérito y difícil de conseguir.

Los galeristas son quienes más agradecen los guardones y siempre he visto que todos los que habían conseguido uno lo mostraban públicamente en el galería, colgado en la pared, vanidosos y satisfechos. Esto lo hago también extensivo a los premios concedidos a instituciones extranjeras. Mientras yo fui responsable, ninguna rechazó un premio y siempre mandaron a alguien para estar presente en la entrega o delegaban la función a un representante cualificado.

Otra cosa es la exposición, el artista, el libro, el acto o la iniciativa premiados. Aquí he visto de todo, porque lo que sale de la votación asamblearia hace pensar que, o bien hay personas con gustos muy diferentes entre sí, o que siempre hay alguien dispuesto a hacer la puñeta en la votación, generalmente secreta, y por eso sale lo que sale, un resultado sin pies ni cabeza. Pero resulta curioso y quisiera destacar que, cuando el premio sale a la calle y se hace público, sea cual sea el resultado de la votación, resulta que es un acierto y que responde a las inquietudes sociales de un sector de la sociedad interesada en la cuestión de las artes y sus comentarios literarios. Esto se hace todavía más evidente cuando, como es ahora el caso, se puede ver una buena serie comparativa de premios anteriores. Es entonces cuando se verifica que casi todos los matices de la actividad estética nacional e internacional han sido premiados. Seguramente estos resultados obedezcan a la célebre curva de la campana de Gauss, donde siempre hay de todo, y que es así porque es la propia realidad humana y sentimental, que es como la curva de la campana del célebre matemático.

En el campo de la estética hay que ir siempre con mucho cuidado, porque todo el mundo tiene derecho a expresarse, algo que difiere de las posibilidades de acción real. En las asambleas de la ACCA todo el mundo se afana por conseguir el triunfo de sus sentidos y criterios al margen, o sólo mirando de refilón, los beneficios o perjuicios, incluso económicos, que pueda implicar socialmente. Incluso las estrategias del sabotaje dan un perfil de la sensibilidad social real. El resultado que se obtiene es el contraste de las pasiones.

Sin embargo, no hay que entender para cada ocasión concreta que el premio sea un acierto o un desastre. El galardón es significativo de un estado de sensibilidad y de opinión. La realidad social, al margen, podrá hacer su camino

pero, al final, al cabo de un tiempo social, el documento que es el premio –igual que lo es un comunicado, un decreto o una ley– le dirá cuál era el estado de la cuestión, y hay que ver aquello que se decidió como el resuello agridulce de unos críticos que luchaban para imponer sus criterios.

Todo ello no es una consolación que aporte el paso del tiempo, sino tan sólo la constatación de que, si no se aceptara lo decidido en ocasiones anteriores, no sería posible que existiera una antigüedad cualificadora de los hechos y habría que empezar siempre de nuevo. En todo caso, esto es lo que hacen los artistas que, al menos mientras yo fui presidente, no me consta que normalmente pidan que se les premie. Sólo quieren que se acepte o se rechace su obra.

En cambio los galeristas y algunas instituciones sí desean estar en las candidaturas que optan a premio y, aunque no se les conceda, se sienten satisfechos puesto que por lo menos han sido seleccionados y nominados expresamente.

Por último, hay otra cosa, no menos importante y determinante: estos Premios ACCA se proclaman desde un instrumento de comunicación que actúa en lengua catalana. Nunca nadie nos lo ha echado en cara sobre todo porque, en el campo de la estética, se actúa desde una base muy sólida: la realidad reconocida de la creatividad desarrollada en Cataluña.